VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA SOCIAL ILUSTRADA
DE
LITERATURA Y BELLAS ARTES
APARECE LOS DOMINGOS

Año I | Montevideo, Diciembre 5 de 1897 | Núm. 23

Director y Redactor:
RAFAEL J. FOSALBA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Capital un mes . . . . . . $ 0.50
Campaña y Exterior un mes . . » 0.60
Número corriente . . . . . » 0.20

Dirección y Administración: Convención 82

Administrador:
A. Julio Botta
Gerente:
Máximo Seré
Secretario de Redacción:
Fermin Héctor Casas

Angelita Aguirre

SUMARIO

TEXTO: JUEGOS FLORALES, por *La Redacción*—JUEGOS FLORALES EN SAN JOSÉ, AVISO—MAÑANAS DE ESTÍO, poesia por *Aurelio Berro*—AMANDA, por la señorita *Sara Julieta Arlas*—PÁMPANO, poesia por *Horacio F. Rodriguez*—LA HIPÉRBOLE DEL ARTE—NERÓN, estudio filosófico-histórico-literario por *Francisco Caraciolo Aratta*—EL ALMA DE LA POESÍA, poesia por *Gurmán Papini y Zás*—¡SÓLO! por *Werther*—¿QUÉ ES POESÍA? poesia por *Salvador Diaz Mirón*—ACUÑA Y ROSARIO, página del libro en preparación «Poetas Mejicanos» por *Cárlos G. Amézaga*—BASE BALL, soneto por *Torrenegra*—MIÈVRETÉ, por *José M. Barreto*—EL CANTO DE LA TÓRTOLA, poesia por *Manuel Padilla Dávilla*—LA MAESTRA, por *Vice Gama*—RIP-RIP EL APARECIDO, por *Manuel Gutierrez Nájera* (conclución)—EL AMOR, por *R. M. Sans*—LAS PUERTAS DE LA CIVILIZACIÓN, por el doctor *Francisco Cobos*—ALGO SOBRE MODAS, por *Faro de Vigo*—MI MATRIMONIO, por *L. Halevy* (traducción)—AMOR Y FUEGO, por *Juan Buscón* (conclusión)

GRABADOS: GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS: ANGELITA AGUIRRE, fotografia de *Chute y Brooks*—LA GRUTA DEL PALACIO, en el departamento de Flores—EL FARO DE PUNTA DE CARRETAS, próximo á la ciudad de Montevides—Ambos de fotografía de *Emilio A. Coll y Compañía* de Buenos Aires.

JUEGOS FLORALES

Deseando propender al desarrollo de las Bellas Letras en nuestra Pátria, y notando la falta de estimulo y la sobra de indiferencia por todo lo que se relaciona con la literatura, la Dirección de la Revista VIDA MONTEVIDEANA, con la autoridad que le prestan sus numerosos y notables colaboradores, ha acordado establecer un Certámen Literario y Juegos Florales, de los que ha de redundar mayor beneficio por la causa de la ilustración intelectual de los orientales.

El momento no puede ser más oportuno, por cuanto dentro de poco se elevará en la ciudad de San José de Mayo el primer monumento á la memoria del prócer de la Independencia Uruguaya, General don José Gervasio Artigas.

Asi, la Dirección de VIDA MONTEVIDEANA hallará la forma adecuada para que en la solemnidad de la erección del monumento, se efectúen en la ciudad de San José de Mayo los Juegos Florales, cuyas bases son las que van en seguida.

TEMAS:

TEMA A — Composición en verso á Artigas.
TEMA B — Poesia ó canto al Amor.
TEMA C — Trabajo en prosa sobre los destinos del Arte.
TEMA D — Trabajo en prosa sobre las causas del decrecimiento del matrimonio en la República.
TEMA E — Soneto con libertad de temas.
TEMA F — Causas del indiferentismo por la literatura nacional.

Hay que advertir que todas las producciones deberán ser inéditas, y los articulos en prosa no podrán exceder en estención á dos páginas de la revista VIDA MONTEVIDEANA.

Los trabajos deberán ser presentados á la Dirección de VIDA MONTEVIDEANA antes del 1° de Febrero de 1898, debiendo ir en dos sobres distintos: en uno, el trabajo con un lema; en otro, el lema anterior en el sobrescrito, y dentro del sobre cerrado y lacrado, la firma del autor y su domicilio. Este último sobre se abrirá en caso de que resultase premiada la composición que lo acompañe, y de nó, será devuelto sin abrirse, al interesado.

El Jurado se compondrá de seis literatos de nota de la República, cuyos nombres se harán conocer brevemente por medio de la prensa, asi como también se publicarán los titulos y lemas de los trabajos que se vayan presentando al concurso.

El Jurado dictaminará cual de las composiciones de cada tema merece compensarse con los siguientes

PREMIOS:

TEMA A: 1er. premio: Medalla de Oro — 2° Medalla de bronce — 3° Mención honorifica.
TEMA B: 1er. premio: La rosa natural — 2° Mención honorifica.
El agraciado con el primer premio en este tema, elegirá la Reina del Torneo.
TEMA C: 1er. premio: Un pensamiento de oro esmaltado — 2° Mención honorifica.
TEMA D: 1er premio: Un lapicero de oro y brillantes—2° Mención honorifica.
TEMA E: Unico premio: Medalla de bronce
TEMA F: Unico premio: Medalla de bronce.

Las composiciones premiadas se publicarán en la revista VIDA MONTEVIDEANA, y serán leidas por sus autores en el acto de la distribución de los premios, la que tendrá lugar en la ciudad de San José, el dia y hora que acuerde la Comisión de los festejos en honor de Artigas, en combinación con la Dirección de VIDA MONTEVIDEANA.

JUEGOS FLORALES EN SAN JOSÉ

AVISO

Hasta esta fecha se han recibido en la Dirección de VIDA MONTEVIDEANA los siguientes trabajos para los Juegos Florales á celebrarse en San José:

A Artigas (soneto)--El autor opta por el tema A. de las bases--Lema: *La espada es gloria y el trabajo, vida.*

La escolta del Amor--Trabajo en prosa comprendido en el tema D. de las bases: sobre las causas del decrecimiento del matrimonio en la República--Lema: *Por el Amor, la vida es bella.*

El Canto del Amor, -- Poesia comprendida en el tema B de las bases--Lema: *Amor, eterno Amor, alma del mundo.*

Montevideo, Diciembre 4 de 1897.

MAÑANAS DE ESTÍO

De la loma al pié, una fuente
de hermosura peregrina,
bajo sáuces lagrimosos
deja ver su clara linfa.
En sus márgenes de grama
reclinada está una niña,
sonrosada, blanca y bella,
cual la aurora que la mira.
De su cuello y su cintura
las lazadas desceñidas;
en el seno contorneado
blando abrigo halla la brisa.
Sin gustar de la frescura
con que el agua la convida,
por sobre ella prestamente
el desnudo pié desliza.
Alza á veces puras gotas
que al caer forman mil prismas,
dando paso á los destellos
que el naciente sol envía.
La flotante cabellera
en los hombros se ensortija,
ya los besa, ya se aparta
de las auras impelida.
En la fuente acaso toca
y fugaz el agua riza,
cual las alas presurosas
del acción que allí se anida.
En sus manos tiene un ramo
la rosada y blanca niña,
de marchitos azahares
y cerradas margaritas.
Le contempla dentro el agua
deja el pié, que el frio eriza,
y risueños pensamientos
en su bella faz se pintan.
De los ojos renegridos
se humedecen las pupilas,
y halagüeños, como nunca,
con no visto fuego brillan.
¿Qué tendrá, pues, ese ramo
que la pone así festiva?
¿El enlace será, acaso,
de azahar y margaritas?
Es que ayer, en la alborada,
al venir, aún adormida,
á bañarse en esa fuente,
cuyas aguas hoy esquiva,
Halló el ramo atado al sáuce
con celestes blancas cintas,
sujetando, al mismo tiempo,
unas décimas sentidas.
Que es á ella á quien han sido
esas trovas dirijidas,
duda alguna no la queda,
¿más por quién fueron escritas?
No lo sabe, aunque sospecha,
son de alguno cuya vista,
vió mil veces fija en ella
en los bailes de las trillas,
Y se cuenta que él la hizo,
no habia mucho, compañia,
al volver de unas carreras,
hasta el rancho donde habita.
La plateada luna entónces,
derramando luces vivas
se mostraba, con la madre
del amor, toda encendida.
¡Cuán hermosa está esa estrella!
prorrumpió la dulce niña,
que entregada á ideas vagas
contemplándola venia.
Y él la dijo, luego al punto,
«es verdad... siempre divina,»
y clavó sus tiernos ojos
en los de ella distraida.
El misterio que esas voces
y miradas envolvian,
no sé yo si desde luego
la inocente entenderia.
Pero si que desde entónces
siempre está imaginativa,
cuando vé cómo esa estrella
en el puro cielo brilla.

ADOLFO BERRO

Montevideo.

AMANDA

I

Daban las siete en uno de los viejos torreones del pueblo.

El sol, que poco antes se erguia altanero, enviaba sus últimos rayos, tristes, mustios, sin fuerza, como queriendo ser participe de la honda tristeza y desaliento que dominaba á los habitantes de aquel.

II

Una de esas luchas civiles, que siembran la desolación, la ruina y el luto en los hogares, debia librarse en sus pacificos contornos. Alli se encontrarian los dos ejércitos enemigos y tendrian que lidiar hermanos contra hermanos, padre contra hijos y vice versa, rompiendo los vinculos sagrados de la familia. Se trataba de derrocar al gobernante funesto, oprobio de su pátria, que la arrastraba descaradamente al borde del abismo, de la ruina, de la depravación más infame.

III

Entre las que verian partir á sus amados, se encontraba Amanda.

Nadie más desalentada que ella!

Próxima á enlazarse para siempre con el prometido de su alma, Ricardo, veia el alcázar de sus ilusiones rodar con estrépito, derribado por la mano brutal del destino.

—

Apoyada contra los barrotes de una entreabierta ventana con su blanco traje, su negra cabellera suelta y fija la vista en el punto por donde debia aparecer su adorado, la jóven devoraba los momentos con febril ansiedad. Pálida, como la estátua del dolor, denunciaba su semblante lo que pasaba en su corazón.

Unos ligeros pasos sobre la verde vegetación le hicieron volver la cabeza, y un grito de angustia, en el que iba envuelta toda la amargura de que era presa, se escapó de su pecho.

Ricardo, seguido de un sargento, venía á darle la última, la triste despedida, mudo, cabizbajo, como el reo que llevado al patíbulo vé llegar el último momento.

Ricardo llevaba la muerte en el alma: un negro presentimiento le decía que no volvería á ver á su amada, y luchaban en èl el deber de defender su pátria y el cariño á su bella Amanda.

—¡Amanda mía!.... dijo apenas la vió!.

—¡Ricardo!... exclamó ella.

—Me voy á combatir—continuó el jóven—Si muero en la fatal lucha que se ha empeñado no olvides nunca que mi amor fué sincero, como no hallarás otro en el mundo y que me alejo de tí en cumplimiento de un deber sagrado.... la pátria me reclama, y debo partir en su ayuda... pero... júrame que no pertenecerás á otro, si muero en el campo de batalla, y partiré satisfecho.

—Te lo juro—respondióle Amanda—y sacando de su pecho un escapulario blanco, blanco como sus santas ilusiones de novia, se lo entregó diciéndole:—Lleva contigo esta reliquia, empapada en mis lágrimas y santificada por mi amor grandioso—ella te inspirará la fé que tanto necesitas.

El mozo gentil y apuesto llevólo á sus lábios con mano temblorosa y depositó en él todo el cariño intenso y la desesperación profunda que rebozaba su alma. Después .. pálido y triste díjole por último: No me olvides... y en tus plegarias purísimas ruega á nuestro Dios por mí...

Luego... se esfumó entre las sombras.

IV

Han pasado dos años.

En el pueblo llama la atención la constancia con que una jóven enlutada, envuelta en denso velo, visita á la hora del crepúsculo la ciudad de los muertos. Sigámosla y veremos que se detiene en una tumba pequeña, sin soberbia, sin lujo, pero que tiene esos adornos que crecen lo mismo junto á la del poderoso que á la del humilde: las simbólicas flores. En el centro una cruz de hierro extiende sus brazos siempre abiertos y deja leer en gruesos caracteres el nombre de «Ricardo.»

Aquella dolorida es Amanda, que diariamente visita la morada de su amado, regándola luego de lágrimas heladas.

Allí se sentía feliz! Las rojas margaritas le recordaban las mejillas y lábios del que no existía; los lírios, el color de su frente siempre pálida; las aromas de las flores, el perfume de sus ternísimas palabras, y el canto de los pájaros, su voz melódica, aquella voz que parecía una música de amor y de esperanza....

V

Un día dejó de ir à llorar la bella enlutada.

¿A qué se debía aquel repentino cambio?

Es que Amanda había ido á reunirse con su amado y aquellas dós almas, para el amor nacidas, que no pudieron estar unidas en vida, lo estaban para siempre en la muerte.

Desde entónces, junto á la cruz de Ricardo, levántase otra en la que en iguales caracteres se lèe este otro nombre: «*Amanda.*»

SARA JULIETA ARLAS.

Montevideo, Diciembre 4 de 1897.

BASE BALL

De humilde grama circular pradera
do los diestros se aprestan á distancia;
un sol en el ocaso y la arrogancia
de opuesta cima entre su luz postrera.

Confundidos el pueblo y la elegancia
formando al sur elástica barrera,
y cual rosas en verde primavera
damas que dan en torno su fragancia.

Esferas que se elevan á la altura
del récio golpe al magistral embate ;
un diestro á apararlas se apresura ;

Otros que corren, éste que se abate,
y después, al bajar la noche obscura,
la soledad en donde fué el combate.

TORRENEGRA.

LA HIPÉRBOLE DEL ARTE

NERÓN

ESTUDIO FILOSÓFICO—HISTÓRICO—LITERARIO

A Virgilio Varzea, al glorioso narrador, al escenógrafo brillante de las letras brasileras; como lazo de oro de la fraternidad de los literatos de ámbos paises americanos dedica: FRANCISCO C. ARATTA.

El sol esplendoroso de los fastos latinos descendia á un ocaso sangriento, las conquistadoras legiones romanas ya se habian estrellado contra las férreas falanges de Arminio y las soberanas águilas de Mário, Pompeyo y César habian ido á remontar su vuelo en las selvas germánicas, en los aduares celtas y en los ardientes páramos del Asia, y los primeros albores de la fé cristiana del sol que se elevaba en las cumbres inmortales del Calvário, aparecian en los tenebrosos horizontes del Lácio, y como la columna de fuego, que señalaba el camino á los hebréos, marcaban una ruta luminosa á los primeros nazarenos y á sus mártires estóicos, cuando nacia Nerón, de la célebre familia de los Domicios.

Los siglos suceden á los siglos, sin interrupción, como los vidrios de una linterna mágica; las sociedades y el mundo son las telas donde se reflejan sus imájenes; y en ese paisaje estraño hay tal rapidez que, á veces, no nos deja ni execrar ni aplaudir el hecho pasado, pués otro más importante ocupa su lugar: pero, esta imajen terrorífica de Nerón, no pasa ni pasará jamás; ha de quedar impresa en la retina asombrada de las generaciones futuras con tintas sangrientas, porqué Nerón es la más alta personificación de su época: esa edad nefasta debía producir, inevitablemente, este enorme mónstruo del vacilante império romano. Las épocas producen los personajes, como el terreno, las flores y el fruto.

Catones engendra la libertad y el despotismo Nerones.

Para ver la verdad de esa máxima no hay como fijarse en el médio corruptor que envolvia á Nerón. Los cinco primeros años de su reinado llenaban de admiración á aquel sábio emperador Trajano, que no veia en la vida de los grandes principes nada digno de compararse con la vida de Nerón; y dice un célebre crítico, «pretender que Nerón fué un mónstruo en el seno de su misma madre, es juzgarlo en una sola frase.»

Y así, era el medio en que se desarrollaba Nerón, al lado de las virtudes de los descendientes de los Gracos y los Scipiones, estaban las turpitudes de los Tibérios y las Mesalinas; al lado de las artes, los cultos más vergonzantes de religiones positivistas con las diversiones sangrientas de los circos de gladiadores y de fieras; por eso, como dijimos, Nerón debia ser la más alta personificación de su época.

Me ocuparé de él en su lado más saliente, en lo que pienso descolló por encima de sus crimenes y aberraciones; en el de artista sublime, en el de egregio cantante; fué la politica de Nerón.

Aquel bárbaro tenia el sentimiento artístico, amaba la música con la ternura de una alma espresiva, con los arrobos del creyente; por la música no conoció jamás las fatigas de los viajes á rejiones remotas, ni el cansancio debilitó su voz harmoniosa en las veladas interminables.

Abandonado en su niñez, Nerón, y recojido por Lépida, tia suya, sintió desde niño germinar en su corazón el odio hácia la familia, primero, y luego, á la humanidad entera.

Roma copiaba la elegancia y el arte á Grecia, y por eso hacia sus ciudadanos, antes artistas que hombres laboriosos; pero, ¡qué diferencia entre romanos y griegos!... Estos sabian combatir y morir serenos, con rostros de ángeles, perfumándose el cabello antes de ir al combate; eran héroes espontáneos, no de artificio, como el romano; éste era el eterno *poseur*.

¡Qué diferencia de aquellos héroes de las Termópilas, uno de los cuales exclamaba: «Es tal el número de los bárbaros, que sus flechas lanzadas, oscurecian el sol!»

Nerón, como dice Seller era un griego, pero un griego degenerado, que habia conservado de romano sólo la crueldad; entre los juegos preferia el circo; entre las artes, el canto y la danza.

Cuando cumplia los 17 años, la madre Agripina, con un arte culinario digno de una Tofana la envenenadora ó de una Locusta, su coetánea, preparó para el imbécil emperador Cláudio, un bien condimentado plato de setas. Vacante el trono por aquel célebre plato, lo ocupó Nerón.

Nombrado emperador fué conducido en real litera al campamento de su ejército numeroso, y allí bajo una lluvia finísima, con una voz digna de Estentor el griego, arengó á sus soldados que lo vivaban aclamándolo por varias veces.

Cuando llegó á su palacio, sin perder minuto, hizo llamar á Terpnus, el célebrado tañador de lira actor y cantante: empezó á vocalizar, primero *piano*, y después en *crescendo*, para probar si bajo la llúvia torrencial de aquel dia, si acaso se hubieran destemplado alguna de las cuerdas vocales de su privilegiada garganta.

Aquel fiero emperador que no hubiera tolerado que se le hiciera la menor observación sin castigar esa audacia con la muerte, Nerón, encajaba, al acostarse, su cuerpo robusto en un corsé de plomo, hecho de sùtiles láminas de plomo, para regularizar los movimientos de la respiración, y de dia no tomaba jamás alimentos picantes, y sus bebidas eran refrescantes para lubrificar la real laringe.

¡Cuantas fatigas por el arte, cuantas horas pasadas en vocalizar y en tañir la lira para doblegar las multitudes por su ingenio musical ante su persona como ante un semi-dios ó un héroe.

Y su aspiración hubiera sido poseer cien pechos de hierro, y cien lenguas de bronce, como las invocaba Homero, para dominar el grito de las turbas, la voz del trueno rebotando en las gargantas rocallosas de los montes y los sones terroríficos del huracán, que avanza rujiente y que, como dragón apocalíptico, destruye cuanto toca su planta maldita y su hálito de muerte!

El gran Napoleón decia: «La música es el ruido que menos me incomoda,» no obstante ¡cuantos millones de soldados pagaron el tributo á la muerte al son de las charangas militares de aquel Nerón moderno, que disfrazaba su sed de sangre humana con el nombre de conquistas, ganadas con *carne de cañón* como él llamaba á sus pobres soldados!

Para Nerón, la música era el *quid divinum*, era la única diosa, ante la cual rendia su alma fiera é indómita como la de un bárbaro del Norte: con razón cuentan las leyendas griegas, que Apolo domesticaba á los tigres de manchada piel, mansos como corderos, con los sones melodiosos de su lira ó de su flauta de siete tubos.

Napoleón, que era más que fiera, pués era emperador, no tenia fibras en su corazón para la música y decía sarcásticamente que era el ruido que menos le incomodaba! Todavía están en pié las estátuas alzadas al Atila del Sud: pero, cuando llegue la hora que impere en el mundo la religión de la humanidad y el amor, entónces del bronce derretido de esas estátuas moldearán las efijies de los grandes músicos que suavizaron en esta eterna lucha por la existencia, las malas pasiones de los hombres!...

No se cansaba Nerón de repetir el proverbio griego que dice: *la música es nada si se la tiene oculta*, y el dia del debut se acercaba; y la verdad es que por un exceso de pudor artístico no queria debutar ante su corte, y se fué á la perla del golfo partenopeo, se fué á Nápoles. Allá en Nápoles y en Pompeya, aquellas sonrisas perpètuas de la primavera, en aquellas doradas playas donde los perfumes de los olivares y de los cedros se mezclaban al de las rosas y de los lirios y al de los eflúvios marinos de las aguas del golfo, eternamente calmas como indiferencia de mujer coqueta, bajo la bóveda azulada de un cielo casi tropical, allá es donde habían elejido su morada los desenfrenados Epicureos romanos, los sátrapas de todas partes, las Mensalinas corrompidas, los sacerdotes corruptores, las bayaderas, los sibaritas más refinados, los adivinos, los histriones, los gladiadores, los domadores del músculo, los filósofos, funámbulos de la idea, y mil diferentes espécies; allá, Roma, despojada de los laureles de la guerra y de la verbena del derecho, arrastraba en el fango el triclinio de los patricios y de los Césares, se coronaba con los pámpanos de Baco y las rosas del placer, exalaban en cantos líricos la exuberancia de una vida que ¡ay! llegaba á su término fatal.

Pues sobre el grito ronco y destemplado de las Saturnales, los *evohe* de las bacantes, el rumor sonoro de los címbalos respondiendo á los címbalos y el de las liras vibrantes á los cantos de los poetas ebrios de Palermo; sobre esa orgía perpètua, alumbrada de día por un expléndido sol oriental y de noche por la antorcha jigantesca del Vesubio, de siniestros resplandores; sobre la ancha arena del circo, donde envueltos en sus

blancos linos, caian los mártires cristianos entre las fauces de los leones de Libia y de los tigres hircanos, mientras aplaudian los Patricios y las meretrices, tanto estrago y sangre, tanta que manchaba desde el espoliario hasta las gradas de las matronas y de los Césares; sobre toda esa vida de lujurias, de infamias, de arte corrompido y paganismo corruptor, se percibía el ruido sordo de los cascos de los corceles de las ordas germanas que venían á destruir de un golpe tanta corrupción y enervamiento; de aquellas ordas bárbaras que llevaban por jefe á aquel Atila sombrio y feróz que gritaba á su paso: «Las estrellas caen! la tierra tiembla! soy el martillo del mundo! donde pone su casco mi caballo no vuelve á crecer la hierba!»

Ante aquel segundo diluvio de guerreros feroces más destructor que el diluvio biblico, ay! de la raza latina, si no se hubiera vislumbrado en el horizonte del Asia los rayos esplendorosos de la cruz de Cristo que venia á cimentar para siempre el amor universal, la unión de la familia, la regeneración de la mujer y á sellar con la sangre que arrancó la acerada lanza de Longinos el pacto eterno de la fraternidad humana!...

En el ámplio teatro de Nápoles es donde iba á debutar el emperador Nerón y este acontecimiento era digno de un pueblo cuyos patricios crapulados cantaban los versos de Esquilo y Sófocles mezclados á los exámetros que rendian culto á Priapo, Vènus, y Baco.

Nápoles dejaba los festines, los triclinios y los templos para escuchar á Nerón, acudiendo numeroso llenando las pétreas graderias; porque aquel pueblo tenía como su señor, en la sangre el instinto del arte y lo amaba con frenesi; díganlo sinó sus necrópolis suntuosas: donde predomina el misticismo ático; sus templos, donde el arte jónico derrocha sus riquezas, y sus edificios, donde la grácia esbelta de sus capiteles corintios desborda primores. Por que, eso si, Roma no creaba nada, pero imitaba todo. Salvando el arco triunfal que inventó Vitrubio, Roma necesitaba la cooperación del mundo entero para que sintetizara su carácter severo y jigantesco: necesitaba formas colosalmente sublimes, porque épico y jigante fué el drama trágico que por muchos siglos se desenvolvió en sus circos, en sus campamentos, en sus palacios, en sus templos, en sus foros, en sus catacumbas sombrias; drama en el que Nerón fué uno de sus protagonistas más culminantes y uno de sus actores más célebres.

Continuará

FRANCISCO C. ARATTA.

PÁMPANO

Vén, nos embriagaremos
en la orgia los dos:
cuando está triste el alma,
¡cómo ríe la musa del licor!

Brilla el añejo Cales en los vasos
y las gotas son perlas de un collar
que tu desgranas cuando el lábio acercas
al borde del cristal.

Te llevaré à la orilla de una fuente
donde las ninfas danzan en tropel;
mi diestra ostente el enramado tirso,
el lujurioso pámpano tu sien.

Allí, bajo las sombras de las parras,
donde todo es misterio y soledad,
yo arrancaré el racimo más maduro,
tú robarás las mieles del panal.

Quiero verte en mis brazos
desfallecida y trémula caer,
que el zumo de las cepas te emborrache,
que te haga el mosto ardiente enloquecer.

Yo quiero más pasión en tus caricias,
en tus sueños más vida y juventud,
en tus lábios más àscuas y más besos,
Y en tus ojos más luz!

Vén, nos embriagaremos
en la orgía los dos:
cuando está triste el alma,
¡como rie en las copas el licor!

HORACIO F. RODRIGUEZ.

Montevideo, 1897.

¡SÓLO!

Para mi amiguita Flora Rosa.

I

Es la quietud somnolienta de las soledades.

Arriba, la inmensidad de los espacios inconmensurables profusamente poblados por esos mundos ignorados; régias estancias talvez de seres superiores á nosotros.

Mundos ignotos, que, como el nuestro, cumplen con la misión eterna de la vida inmortal...

Del cielo fluye plata fundida; de esos mundos lejanos, cuyos parpadeos luminosos, incesantes, salpican la losa azogada de las aguas.

II

Abajo, el silencio de las tumbas.

La ciudad duerme.

Es la hora de los grandes silencios que se aduermen arrullados por las lejanas lamentaciones del mar.

Ruidos confusos y apagados,--los ruidos misteriosos de la noche,--perturban la grandiosa tranquilidad de la noche misma.

El triste aullido de los perros se pierde como vago clamoreo en el espacio.

El ave deja oir el chillido molesto de su grito nocturnal, de malos augurios para los supersticiosos.

Las campanas, lentas y acompasadas, acaban de dar doce campanadas que retumban en el pecho como martillazos dados contra el corazón.

Y el corazón se oprime.

Los jardines agonizan y exhalan como un fuerte olor indefinible.

Es la hora en que los espectros abandonan sus sepulcros.

III

El cierzo helado azota duramente los cristales.

Uno que otro trasnochador, sumido hasta las orejas en ricos abrigos de pieles—para resguardarse de la inclemente fria rácha, que parece pugnara poragujerearle la piel—atraviesa las calles solitarias deslizándose, rápido, con los lábios secos, la vista apagada y las piernas flojas, hácia el caliente nido donde le espera el sér con quién soñara siempre, y á quién ha robado unas horas, horas cuyo recuerdo le oprime el alma con la pesada losa del remordimiento.

IV

Allá, perdido entre las sombras de la noche, en el rincón del umbral de una puerta de suntuosa mansión, respira descompasadamente un desgraciado á quién ha sorprendido el hambre, la fatiga y el sueño.

El duro suelo es su mullido lecho; un peldaño de la escalinata, de albo carrara, es su blanda almohada, y es el techo de su alcóba, la inmensidad azul punteada de estrellas.

Los destrozados harapos que le cubren, mal disimulan las enjutas formas de aquel infeliz.

Su demacrada faz, orlada por una mata de cabellos rojos, en desórden, es de un pálido citrino, en el que ha hecho el surco de las lágrimas, algo así como una huella calcinada.

Semejantes, en su brillo viscoso, á la quebrajadura del vidrio, son sus ojos.

En sus miradas vagas tiembla algo como una llamarada verdosa de fuego fátuo.

Un gran cerco violáceo, impreso por el ánsia de la espera, rodea sus párpados caidos.

V

No es el bohemio que bebe el ajenjo y el wisky.

No es el bohemio embrutecido por el alcohól, cuyos vahos han ido á perturbar su cerebro.

No!

Es un sér más desgraciado que culpable.

Para él la Naturaleza ha sido mezquina.

Pudiera decirse que ha sido muy injusta.

La hermosa facultad que nos distingue de los demás séres, el humano verbo, le ha sido negada!

Fatal destino á que están condenados algunos!

VI

Allá, en las elaboraciones de su pensamiento, cuando sus ideas pugnan por ver la luz de la verdad, y comunicarlas á los demás, entónces ¡que desencadenada lucha tendrá lugar en su cerebro!

Inutil lucha!

Es un Prometeo encadenado al duro yugo de su infortunio!

VII

El calor del hogar querido le es desconocido.

Nunca ha gustado de las tiernas caricias de una madre!

Ni un ser idolatrado le ha enjugado una lágrima cuando la mano huraña del dolor ha ido á golpear, inclemente, las puertas de su corazón.

VIII

Yo le he visto, ¡oh pobre mudo! aterido de frio en las lobregueces de las noches invernales, en noches nebulosas, de récia tormenta, arrollado en los huecos de las puertas, queriendo resguardarse del huracán.

Yo le he visto, hambriento, implorar el mendrugo de pan, aun empapado en el fino borgoña, arrojado de la mesa del festín.

Yo le he visto soportando con estoica tranquilidad el hado adverso de su vida maldita.

IX

De vez en cuando, sus rebeldes órganos vocales le permiten proferir el grito hirsuto del dolor que se pierde en las infinitas soledades de su desgracia, ó el grito incoherente de la alegria producido por el engaño falaz de sus sentidos.

Sus horizontes son muy estrechos.

Rotos tiene aquellos lazos que unían su alma, hoy solitaria, al comercio de las demás...

Un abismo insondable lo separa del mundo.

¡Está sólo!

¿Comprendéis cuán terrible es estar sólo?

X

Humanos!:

En la quietud somnolienta de las soledades, cuando sintáis contra el pecho los doce martillazos que dan las campanas de la torre, que parece que doblan á muerto; cuando los espectros se lancen fuera de sus tumbas al noctámbulo chillido del buho, cuando los jardines agonizantes exhalen los olores misteriosos y las estrellas parpadeantes reflejen sus refulgentes luces en la losa argentada de las aguas—no arrojéis los resíduos de vuestra orgia, dedicad vuestro recuerdo al infeliz á quien el destino fatal condenó injustamente á romper los lazos que unían su alma con el resto del mundo, al desgraciado privado del divino don de la palabra, al Prometeo encadenado al duro yugo de su infortunio!!

WERTHER.

Montevideo, Diciembre 4 de 1897.

El alma de la poesía

El poeta en este suelo,
Ya cante terrible ó suave,
Tiene algo idéntico al ave,
Porque siempre busca el cielo;
Siempre en luminoso vuelo
Tiene su imaginación,
Y al ver la persecución
Que le hacen las desventuras,
Siempre quiere en las alturas
Colocar su corazón.
¿Es acaso un Prometeo
El corazón del cantor?
Si no lo hiere el dolor,
¿No despide ni un chispeo?
Cuando el bloque es giganteo
Requiere golpes gigantes,
Para que en raudos instantes
En vez de granito sea
Piedra que relampaguea,
Astro que arroja brillantes.
Vierte rocío la aurora,
Y el rocío es alegria;
Escolla la onda bravía,
Y parece un sol que llora.
Yo soy más grande en la hora
En que al dolor me confío
Que cuando en la estrofa río,
Porque nunca brilla tanto
Como una gota de llanto
Una gota de rocio!
No tiene canciones bellas
Quien su Cáucaso no sube:
Si no se rasga la nube,
No aparecen las estrellas;
Sin dejar sangrientas huellas
No aparece nunca el día,
Y al alma es la poesía
Lo que es al cielo la luz;
Cristo es poeta en la cruz:
Sueña mucho en su agonía.
Convierte al fértil sembrío
El azote del arado
En un pintoresco prado
Lleno de flores de estío;
En volcán de espuma al río
Transforman los latigazos,
Y cuando el pecho en pedazos
Le rompe angustia secreta,
Es un águila el poeta
Y son dos alas sus brazos;
Milton, ese hombre divino
Cegado por el torrente
Del resplandor que su mente
Desparramó de contínuo,
Es génio de que el Destino
Lo abisma en sombra constante;
La dicha nunca fué amante
De quien los laureles quiso;
Mayor que en el Paraíso
En el Infierno es el Dante!
Luce sus mejores galas,
Cuando sufre, Victor Hugo;
Cuando vió al pueblo en un yugo,
Abrió del todo sus alas
Y sus versos fueron balas,
Fueron truenos sus canciones,
Y sus metálicos sones
Hicieron del bardo, entónces,
Un Dios dando al pueblo bronces
Para que hiciera cañones!
Oh dolor! nunca he temido
Tus garras siempre despiertas;
Las heridas en mi abiertas,
Bocas que cantan han sido:
Inspiración han vertido;
Pues yo dejaré este suelo,
Como el ave que en su vuelo
Recibe un mortal flechazo:
Dando un postrer aletazo,
Queriendo llegar al cielo!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

Montevideo, Noviembre 30 de 1897.

Acuña y Rosario

PÁGINA DEL LIBRO EN PREPARACIÓN:

«POETAS MEJICANOS»

......Manuel Acuña no se suicidó por los desdenes de una mujer. Tiempo es ya de que termine esta fábula vulgarizada en toda América por culpa del mismo Acuña con su famosa composición *A Rosario*. Estoy en posesión de datos al respecto que me atrevo á llamar interesantisimos y que no dudo sorprenderán á todos los que de buena fé maldicen todavia á una criatura inocente del daño que se hizo Acuña.

La Rosario que inmortalizó el poeta existe en Méjico y es mi amiga.

¿Qué hombre de pluma no la conoce allá? *Rosario de la Peña es un monumento histórico*,—me decia una tarde Manuel José Othón, el dramaturgo mejicano á quien el invicto Echegaray ha batido palmas.

Manifesté vivos deseos de conocerla, y Ohón me prometió avisarla mi visita, agregando que desde tiempo atrás habitaba Rosario en el pueblo de Guadalupe, situado á algunos kilómetros de la capital y segregada por propia voluntad, casi completamente, del mundo social en que antes viviera. Pocos dias después, José María Bustillos, uno de los poetas más jóvenes y aprovechados de Méjico, me presentó á Rosario por encargo de Othón, que se dirigió precipitadamente á San Luis, cumpliendo antes con anunciarme á esta dama que nunca celebraré lo bastante haber conocido.

Guadalupe es á Méjico lo que *Lourdes* á Francia: el lugar de un santuario donde no deja un dia de ofrecerse á la virgen el más reverente culto de los católicos...

El santuario mejicano no cede en esplendor al francés, y creo tan natural cuando me dirigia allí, que Rosario viviese prosternada ante el altar de la Virgen, doliéndose todavia de su homicida crueldad para con Acuña.

¡Qué desengaño el que me espera!

En una casita modesta de la villa, no muy distante del santuario famoso, vivia nuestra heroina, acompañada de su señora madre, una jóven hermana y varios sobrinos.

La madre de Rosario y su hija menor, Margarita, fueron las primeras personas á quienes hablé. A juzgar por el aspecto de la anciana y de Margarita, la hija mayor ausente no debia desdecir la singular hermosura, patrimonio de aquella raza.

Bien pronto me hice cargo de que estaba en el seno de una familia hospitalaria y cordial. Respiré esa atmósfera del hogar decente, no desvirtuado por la pobreza, y comprendí á las primeras razones cambiadas con los dueños de la casa, el secreto amargo que deja en los corazones más fuertes toda inclinación muy rápida de fortuna.

Abriendo y cerrando con estrépito una mámpara, adelantó hácia mi, de pronto, Rosario, la mujer á quien buscaba yo en mi peregrinación literaria con un fervor no menos digno de respeto que el de los fieles cristianos en *Guadalupe*.

Era una mujer de sangre española, bastante morena y de cuarenta años. Alta y erguida, tenia la majestad de una princesa reinante. Su cabello negrísimo blanqueaba en algunos puntos; sus ojos, de un pardo obscuro, centelleaban en la cavidad de sus órbitas con la inequívoca luz de la inteligencia. Una nariz correcta, unos lábios muy rojos, apretados y finos completaban esta fisonomía que debió ser soberanamente hermosa diez años antes, y que produce todavia una impresión agradable por su conjunto harmónico, lleno de animación y de vida, profundamente simpático.

Hablamos y desde el principio me expliqué la fascinación que ejerció esta Rosario sobre los poetas que allá, en su mocedad, habianla cantado como á una diosa. No presume de literata; jamás ha compuesto un verso, pero recita admirablemente los versos de sus amigos y de otros notables bardos. Tiene un timbre de voz melodioso, una manera de decir que subyuga, porque dá á cada palabra y sin aparente esfuerzo, el tono más apropiado para su efecto, cual si estuviera sintiendo idénticamente con el autor.

El resúmen de mis conversaciones con Rosario, respecto á Acuña, lo daré aquí en forma de diálogo para conservar en lo posible su exactitud. Debo sí, advertir, que estas conversaciones las tuve algún tiempo después de mi presentación á ella, y cuando en el seno de la confianza amistosa, comprendió que me guiaba, al hablarle sobre ciertos asuntos, por una impertinente curiosidad.

—¿Cómo hizo usted conocimiento con Acuña?

—Me fué presentado en casa con motivo de sus primeros triunfos poéticos. Mi casa, no la atribuya usted á pretensión mia, era un centro de reunión preferido por los más distinguidos literatos de entónces. Yo recibí á Acuña lo mismo que mis padres y mis hermanos como un buen amigo, sin que él hubiese en el resto de su vida manifestádose de otro modo.

—La fama cuenta, y usted no debe ignorarlo, que Acuña se dió la muerte por los desdenes de la Rosario aquella á quién dedicó su *Nocturno*....

—Sí, señor, así parece á primera vista; pero nada es más falso que aquello de que Acuña se haya suicidado por mí.

(Concluirá)

CÁRLOS G. AMEZAGA

Buenos Aires, Noviembre de 1897.

¿Qué es poesía?

¡La poesía! pira sagrada,
radioso arcángel de ardiente espada,
tres heroismos en conjunción:
el heroismo del pensamiento,
el heroismo del sentimiento
y el heroismo de la expresión!
Flor que en la cumbre brilla y perfuma,
copo de nieve, gasa de espuma,
zarza encendida do el cielo está:
nube de oro vistosa y rauda;
fugaz cometa de inmensa cauda;
onda de gloria que viene y vá!
Nébula vaga de que gotea,
como una perla de luz, la idea,
espiga herida por la segur;
brisa de incienso, vapor de plata,
fulgor de aurora que se dilata
de oriente á ocaso, de norte á sur!
Verdad, ternura, virtud, belleza;
sueño, entusiasmo, placer, tristeza;
lengua de fuego, vivaz crisol;
abismo de éter, que el génio salva;
alondra humilde que canta al alba;
águila altiva que vuela al sol.
Humo que brota de la montaña;
nostalgia obscura, pasión extraña;
sed insaciable, tèdio inmortal;
anhelo eterno é indefinible;
ánsia infinita de lo imposible;
amor sublime de lo ideal!

SALVADOR DIAZ MIRÓN.

MIÈVRETÉ

La directora comenzó:

«—Mañana, queridas mias, es la fiesta de nuestro amado patrono el apóstol Santiago. Os voy á dar asueto esta tarde. Coged del jardin las más bellas flores y llevadlas en seguida al templo, para adornar con mucho primor, con mucho cuidado, el altar del bendito apóstol. Iréis solas, pero supongo que os portaréis juiciosas en la calle, y, sobre todo, oidlo bien, mis buenas niñas, no miréis á esa turba de mocitos que rondan constantemente el colegio y, que han de concluir, ¡los forajidos! por matarme á colerones y ....»

Pero ya las chicuelas no escuchaban á la directora; habian corrido al jardín, y á buscar sus sombreros, y salian ahora ruidosamente en dirección al templo....

En la puerta de la calle la directora les gritaba:

«--Qué os portéis bien, niñas, ¡y cuidado, mucho cuidado con los mozalbetes!....»

*
* *

Fueron tantas las descripciones, -- cada una distinta, -- que las niñas hicieron á la buena señora de la manera tan bella, tan adorable como habian adornado al Santo, rodeándole de flores y de luces, que ella, -- á pesar de que no pensaba ir á la iglesia, -- resolvió hacerlo para recrearse, placentera, en la contemplación de la obra de sus queridas discípulas.

Y ¡ah! ¡ pobre señora¡ creyó que soñaba, que no estaba en su razón, cuando, al aproximarse al altar del Santo predilecto, le encontró solo, olvidado en la sombra, sin una sola flor y cubierto de polvo....

Y su dolor fué aún más intenso, no tuvo ya límites, á la salida del templo, en cuya puerta, -- colocados en dos alas, -- aquellos truhanes, que la hacian rabiar eternamente con sus atrevimientos, la saludaron cortésmente, con atenciones exageradas, y orgullosos de mostrar en la botonera de sus vestones de estudiantes el primer ramillete de flores ganado en las lides del amor.

José M. BARRETO.

El Canto de la Tórtola

Yo cruzo peregrina la selva hospitalaria,
buscando en su recinto las huellas de mi amor:
mi canto es el remedo de fúnebre plegaria...
Soy harpa de la noche que vibra de dolor.
Mi pluma, que carece de primorosas galas,
revelación patente de mi destino es:
es pardo el cuello mio, y obscuras son mis alas
lo mismo que las hojas marchitas del ciprés.
En un ciprés marchito de la montaña verde
suspenso está mi nido, mansión de dulce paz,
y en su regazo estrecho mi cántiga se pierde,
como mi angustia acerba, como mi bien fugaz.
Fugaz, lejos, muy lejos, huyó mi bien perdido,
mis gratas ilusiones huyeron de él en pos,
rodearon mi existencia las sombras del olvido,
tomaron mis arrullos el aire de un adiós.
Yo soy un haz de plumas henchida de retama,
mi vida es un misterio, un símbolo mi ser,
yo soy una avecilla que tórtola se llama...,
amar es mi martirio, mi sino es padecer.
Por eso al ver las aves, al despuntar el alba,
del seno de los bosques salir de dos en dos,
mi soledad contemplo, y al escuchar su salva,
mientras que cantan ellas, murmuro triste ¡adiós!

Manuel PADILLA DÁVILA.

LA MAESTRA

Lo que son las casualidades! Cierto dia de estos terribles, en que marchaba con un buen amigo en dirección á la Universidad, con el ánimo turbado por la duda impía que siempre nos hace titubear cuando hemos de rendir un exámen, se cruzó con nosotros una de esas bellezas montevideanas, capaces de hacer olvidar, — no ya las diversas partes de un curso científico, sinó hasta la cariñosa madre que nos meció la cuna.

--¿Quién és? --nos preguntamos á un tiempo mismo, mi amigo y yo.

Naturalmente, ninguno lo sabia. Seguimos apurados nuestro camino, pensando y comentando los atrayentes dones de nuestra desconocida, sin dejar de mirar una vez que otra en la dirección que ella se alejaba con paso precipitado y ágil.

Dimos nuestro exámen. Salimos bien, como se dice generalmente, cualquiera que sea la nota obtenida.

Después nos fuimos á sentar en un banco de la plaza Constitución, con el objeto de refrescar nuestra imaginación, para emprender el estudio de una nueva asignatura.

Apenas nos instalamos y ya vimos aparecer con mayores atractivos otra vez á la hermosa rubia.

Siempre sola, pero entónces con paso perezoso y gentil.

Tuvimos tiempo de escudriñar bien el tipo. Su fisonomia era simpática en alto grado. Azules sus ojos de mirar dulce, gracioso y bien formado su talle estrecho.

Sonrosado el color de sus frescas mejillas.

Sonoro y dulce el eco de su voz. (En ese momento llamaba á un ramilletero para comprarle flores)

¡Que divina estaba con su traje menos celeste que sus sueños!

Bien podemos, á la verdad, decir con la distinguida señorita Maria H. Sabbia y Oribe que «cielo y mar es la vida».

No yo, mi amigo tomó gran empeño en ello, y averiguó qué se llamaba Amelia, que es maestra y que vive en la calle Durazno, siendo un modelo de educacionista y una notable inteligencia.

Vice Gama

Montevideo, Diciemrbe 1 de 1897.

Las puertas de la civilización

Siete puertas tenia la famosa Tebas; pero la Civilización, llena de brillantes grandezas, tiene muchas más: tiene tantas como esplendores hay dentro.

Yo era jóven y habia nacido en el campo, en el regazo de la naturaleza, al pié de una montaña, cerca de un bosque, á orillas del mar y junto á una fuente. Aire puro, agua pura, cielo puro y horizonte despejado... alli también mi corazón latia en toda su pureza.

Los impulsos de la edad me apartaron de aquellos parajes, y cuando las pasiones agitaban ya mi pecho, y mi sangre tenia todo su vigor, me llevaron, por penosos caminos, tras una visión de felicidad forjada por el deseo, hasta las puertas mismas de la Civilización.

Siete puertas tuvo la famosa Tebas; pero la Civilización, llena de brillantes grandezas, tenia muchas más: tantas como esplendores habia dentro.

Lleno de entusiasmo llamé á la primera, y el guardián la abrió violentamente para enseñarme esta sentencia: «Quédan atrás las ternezas sentimentales: por aquí no entra el amor.» En vano le dije que eso no era posible: que el amor era el sentimiento más grande, más fuerte, más universal y más humano que existia, y que el hombre no podia despojarse de él; pero el guardián se mostró inflexible y no me dejó pasar. Me contestó que yo estaba en la edad de los idilios y que los idilios estorbaban á la Civilización. Que el amor á la Naturaleza era demasiado grande para que se encerrase entre aquellos muros; que el amor á la familia apretaba con lazos tan fuertes que quitaba libertad al trabajo, y que el idilio de los enamorados se armonizaba bién con el susurro de la brisa, con el murmullo del arroyuelo, con el trino de las aves; ó, si se quiere, con los rumores poéticos de la Naturaleza; pero no con el hervor de las calderas, ni con el chirrido de las grúas, ni con el estruendo de las fábricas; que los pobres no tenian cariño sino para el trabajo y los ricos solo para los placeres; que, en fin, esos eran sentimientos inútiles que no producian renta ni aumentaba el capital ni cabian entre tantas grandezas. Así, pués, que se quedaran atrás, las ternezas sentimentales, porque, por allí, no entraba el Amor.

Pasé á la segunda puerta y llamé repetidas veces, hasta que me abrieron. El guardian me detuvo en el dintel mostrándome esta órden que me aterró: «Quéden atrás los escrúpulos vamos; por aquí no entra la conciencia.» En vano le dije que eso no era posible; que sin la conciencia el hombre descendia de juez á reo; que el sér humano se convertiria en un autómata; que los actos de la humanidad se reducirian á dos solos; mandar y obedecer, sin que en ellos intervinieran la equidad ni la justicia, y que la humanidad llegaría así á ser una máquina alimentada por la necesidad, impulsada por el egoismo y desprovista del sentimiento generoso con que la dotó Dios. Pero el guardian se mostró inflexible; me dijo que los escrúpulos eran un peso que se echaba sobre las cosas, que eran una barrera que se ponia delante del hombre, que eran un obstáculo para la vida de ganancias, y que donde habia rieles para facilitar la marcha, vapor para andar más pronto y electricidad para volar con el pensamiento, era necesario suprimir los obstáculos del camino; y que así, se quedasen afuera los escrúpulos vanos, porque por allí no entraba la conciencia.

Cuando llegué á la tercera puerta, esta se abrió de par en par y el guardián me invitó que entrara, con la mayor solicitud; pero un letrero que vi allí, grabado, me hizo alejarme precipitadamente; porque el letrero decia sin ambajes: «Esta es la puerta del vicio; puede pasar libremente el género humano».

Francisco COBOS.

Buenos Aires, 1897.

EL AMOR

—¿A qué vienes?
—A engañarte.
—¿Qué me traes?
—Ilusiones.
—¿Eres sencillo?
—Con arte.
—¿Odias algo?
—Las razones.
—¿Qué quieres?
—Aprisionarte.
—¿Tu lema?
—Causar desvelos.
—¿Qué me quieres?
—Verte herido.
—¿Por qué hieres?
—Es mi anhelo.
—¿De dónde vienes?
—Del cielo.
—¿A dónde vas?
—Al olvido.
Sólo el matar me divierte;
me llama el vulgo traidor
porque el herir es mi suerte...
—¿Cuál es tu final?
—La muerte.
—¿Cuál es tu nombre?
—El amor.

R. M. SANS.

RIP-RIP

EL APARECIDO

(Conclusión)

—¿Vuelves pronto, hijito?

Rip-Rip sintió que todo era rojo en torno suyo. ¡Miserable...! ¡Miserable...! Temblando como un ébrio ó como un viejo entró á la casa. Queria matar; pero estaba tan débil, que al llegar á la sala en que hablaban ellos, cayó al suelo. No podia levantarse, no podia hablar; pero si podia tener los ojos abiertos, muy abiertos, para ver cómo palidecían de espanto la esposa adúltera y el amigo traidor.

Y los dos palidecieron. ¡Un grito de ella --el mismo grito que el pobre Rip habia oido cuando un ladrón entró á la casa!--y luego los brazos de Juan que lo enlazaban, pero no para ahogarlo, sino piadosos; caritativos para alzarlo del suelo.

Rip-Rip hubiera dado su vida, su alma también por poder decir una palabra, una blasfémia.

--No está borracho, Luz: es un enfermo.

Y Luz, aunque con miedo todavia, se aproximó al desconocido vagabundo.

--¡Pobre viejo! ¿qué tendrá? Tal vez venia á pedir limosna y se cayó desfallecido de hambre.

--Pero si algo le damos, podria hacerle daño. Lo llevaré primero á mi cama.

—No, á tu cama no, que está muy sucio el infeliz. Llamaré al mozo, y entre tú y él lo llevarán á la botica.

La niña entró en esos momentos.

—¡Mamá, mamá!

—No te asustes, mi vida, si es un hombre.

—¡Qué feo, mamá! ¡Qué miedo! Es como el *coco*.

Y Rip oia.

Veia también; pero no estaba seguro de que veia. Esa salita era la misma...... la de él. En ese sillón de cuero y otate se sentaba por las noches cuando volvia cansado, después de haber vendido el trigo de su tierrita en el molino de que Juan era administrador. Esas cortinas de la ventana eran su lujo. Las compró á costa de muchos ahorros y de muchos sacrificios. Aquel era Juan, aquella, Luz...... pero no eran los mismos. ¡Y la chiquita no era la chiquita!

¿Se habia muerto? ¿Estaria loco? Pero él sentia que estaba vivo! Escuchaba.... veia.... como se oye y se ve en las pesadillas.

Lo llevaron á la botica en hombros, y alli lo dejaron, porque la niña se asustaba de él. Luz fué con Juan.... y á nadie le extrañó que fuera del brazo y que ella abandonara casi moribundo á su marido. ¿No podia moverse, no podia gritar, decir: Soy Rip!

Por fin, lo dijo, después de muchas horas, tal vez de muchos años, ó quizá de muchos siglos. Pero no lo conocieron, no lo quisieron conocer.

--¡Desgraciado! ¡Es un loco! dijo el boticario.

--Hay que llevárselo al señor alcalde, porque puede ser furioso--dijo otro.

--Si, es verdad, lo amarraremos si resiste.

Y ya iban á ligarlo; pero el dolor y la cólera habian devuelto á Rip sus fuerzas. Como rabioso can, acometió á sus verdugos, consiguió desasirse de sus brazos, y hechó á correr. Iba á su casa... ¡iba á matar! Pero la gente lo seguia, lo acorralaba. Era aquello una caceria y era él la fiera.

El instinto de la propia conservación se sobrepuso á todo. Lo primero era salir del pueblo, ganar monte, esconderse y volver más tarde, con la noche, á vengarse, á hacer justicia.

Logró por fin burlar á sus perseguidores. ¡Allá vá Rip como lobo hambriento! ¡Allá vá por lo más intrincado de la selva! Tenia sed... la sed que han de sentir los incendios. Y se fué derecho al manantial ...á beber, á hundirse en el agua y golpearla con los brazos... acaso, acaso á ahogarse. Acercóse al arroyo, y alli, á la superficie, salió la muerte á recibirlo. ¡Si, porque era la muerte en figura de hombre, la imágen de aquel décrépido que se asomaba en el cristal de la onda! Sin duda venia por él ese livido espectro. No era de carne y hueso, ciertamente; no era un hombre, porque se movia á la vez que Rip, y esos movimientos no agitaban el agua. No era un cadáver, porque sus manos y sus brazos se torcian y retorcian. ¡Y no era Rip, no era él! Era como uno de sus abuelos que se le aparecia para llevarlo con el padre muerto.--Pero ¿y mi sombra? pensaba Rip-¿Por qué no se retrata mi cuerpo en ese espejo? ¿Por qué veo y grito, y el eco de esa montaña no repite mi voz, sino otra voz desconocida?

¡Y allá fué Rip á buscarse en el seno de las ondas! Y el viejo, seguramente, se lo llevó con el padre muerto, porque Rip no ha vuelto!.

***

¿Verdad que este es un sueño extravagante?

Yo veia á Rip muy pobre, lo veia rico, lo miraba jóven, lo miraba viejo; á ratos en una choza de leñador, á veces en una casa cuyas ventanas lucian cortinas blancas; ya sentado en aquel sillón de otate y cuero; ya en un sofá de ébano y raso... no era un hombre, eran muchos hombres.... talvez todos los hombres. No me explico cómo Rip no pudo hablar, ni cómo su mujer y su amigo no lo conocieron, á pesar de que estaba tan viejo; ni por qué antes se escapó de los que se proponian atarlo como á loco; ni sé cuántos años estuvo dormido ó aletargado en esa gruta.

¿Cuánto tiempo durmió? ¿Cuánto tiempo se necesita para que los séres que amamos y que nos aman nos olviden? ¿Olvidar es delito? ¿Los que olvidan son malos? Ya veis qué buenos fueron Luz y Juan cuando socorrieron al pobre Rip que se moria; la niña se asustó; pero no podemos culparla: no se acordaba de su padre. Todos eran inocentes, todos eran buenos... y sin embargo, todo esto dá mucha tristeza.

Hizo muy bien Jesús de Nazareno en no resucitar más que á un solo hombre, y eso á un hombre que no tenia mujer, que no tenia hijas y que acababa de morir. Es bueno echar mucha tierra sobre los cadáveres!

MANUEL GUTIERREZ NÁJERA.

ALGO SOBRE MODAS

A las mujeres hay que compadecerlas por más de un motivo. Y una de las causas más poderosas para tenerles lástima, en verano sobre todo, estriba en el corsé, el pícaro corsé, que da verdadero calor, que estorba á más no poder, y del cual, no obstante, es dificil, si no imposible, prescindir.

Por esto abundan las modistas que recomiendan mucho el uso del corsé llamado *Pompadour*, que los principales médicos consideran sumamente bueno. Esta clase de corsé no tiene acero, la tela es calada; parece una red, razón por la cual no dá calor ninguno. Dicho se está que se estrecha y se ensancha á voluntad, pero que no existe la peligrosa presión del acero, y ello no impide que el tal corsé adelgace, alargue ó redondée el talle cuando sea preciso.

El traje amazona, empleando para el finisimo y lustroso paño azul, se usa mucho. La falda debe ser completamente lisa. El corpiño continúa usándose de forma «chaqueta», *estilo sastre*, por supuesto; el chaleco de piqué blanco es de precioso efecto; el cuello alto ó doblado, lo mismo dá, pues de todas maneras se estila; pero, en cambio, es de rigor la corbata de raso negro, ya estrecha, ya en forma de chalina.

Aún cuando muchas elegantes abogan por el sombrero hongo, y no usan otro, abundan asi mismo las que no prescinden por nada del de copa, sin que escaséen las partidarias del de paja, forma «marinera», con el velo de gasa blanca, azul, encarnada y verde.

Tiene gran aceptación el sombrero que lleva el nombre de la famosa actriz extranjera, ó sea el sombrero Hading, muy adecuado para señoras jóvenes y señoritas. La hechura no puede ser más graciosa; es de paja, adornada á cada lado con moñas de tul; á la izquierda va colocada una rama de botones de rosas; delante, dos bonitos pájaros con alas abiertas, y entre ambos pajaritos un grupo de violetas, combinadas con capullos de rosas.

La mayor parte de los peinados á la moderna ostentan el cabello ondulado, y dejan despejada la frente. La parte alta de la frente, se suele adornar con un lazo de cabello formando pico.

Las faldas de muselina floreada asi como de gasa de seda, se aplican sobre un viso de tafetán escosés ó liso.

Puede hacerse preciosa *toilette* empleando gasa de seda negra; á pliegues sol, orlada de una cenefa de raso tejida en la tela y colocada sobre otra falda de tafetán á grandes cuadros rojos y verdes. Corpiño--torera de espeso guipur negro, abierto sobre camisolin de tafetán á cuadros, cuello plegado, del mismo tafetán. Mangas fruncidas, de gasa, como pliegues de lo mismo, formando charreteras. Amplio cinturón de seda, hechura peto.

En fin, *un amour de toilette*, como dicen las francesas.

El cuello—esclavina alcanza gran éxito; sobre todo para la próxima entrada de estación.

Los trajes de piqué blanco siguen usándose mucho; la falda, es lisa; el corpiño, de hechura «figaro», deja ver una blusa de surah rosa ó azul. Para este traje está indicadisimo el sombrero de tul negro, con plumas negras también, y rosas té.

Entre los trajes bonitos, he oido citar uno de cachemir gris, guarnecida la falda con entredoses de guipur. Parte del corpiño va cubierta de una especie de torera del mismo encaje que el entredós. Cinturón ancho, á pliegues, de raso negro, con lazo á la izquierda. Las mangas, ahuecadas en la parte superior, guarnecida la inferior con puños de guipur.

Otro traje no menos celebrado: es de tafetán verde--rosa, con aplicaciones de encaje. Corpiño de mangas de muselina de seda blanca fruncida. Cinturón de terciopelo, verde y rosa. La hechura del cuerpo es la llamada «torera».

Para viaje sigue privando el traje «hechurea sastre», con sombrero *canotier*, de paja y velo espeso de tul blanco. La tela de dicho vestido debe ser gris, beige, marrón, etc., de mezclilla. Bajo la chaqueta debe llevarse un bonito camisolin de batista blanca, rosa ó azul, con cuello semivuelto y corbata de raso negro.

Para los dias calurosos que aún hemos de padecer, el cuello--fichú es prenda estimadisima, sobre todo entre las señoras poco aficionadas á salir á cuerpo. Dicho cuello se hace, por regla general, de tul bordado sobre un viso de color vivo ó seda tornasolada, cortado (el cuello--fichú, por supuesto) de modo que no baje en punta, lo mismo el delantero que la espalda. El borde se adorna con un pequeño rizado de tafetán recortado, ó de tul *plissé*.

Estas son hasta hoy, lectoras queridas, las noticias que puedo dar. El domingo... será otro dia.

FARO DE VIGO.

MI MATRIMONIO

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS ESPECIALMENTE PARA « VIDA MONTEVIDEANA »)

Notas tomadas del diario de una jóven soltera:

El dia que cumplí dieciocho años escribi

en la primera página de este cuaderno las siguientes palabras:

Ya he dado calabazas á cinco novios. Esta noche le toca el turno al sexto candidato. ¿Será este el hombre destinado al fin á ser mi humilde y obediente señor y dueño?

En tal caso, que se prepare á sufrir el más severo y minucioso exámen.

Ni soy yo como mamá, ni estoy dispuesta á perder la cabeza.

26 de noviembre, á las cuatro de la tarde.

No me habia equivocado. Se trataba, en efecto del sexto pretendiente. Pero procedamos con órden y consignemos detalladamente lo ocurrido ayer.

Después de comer, subimos mamá y yo á vestirnos. Estuve mucho tiempo en el tocador y bajé al cabo de hora y media.

Al acercarme á la sala de confianza oí á mi padre que le decia á mamá:

--¿Crees que es preciso?

--Absolutamente indispensable. No podemos renunciar á tu presencia.

La tentación era muy grande Me detuve y me puse á escuchar.

--Pero ¿por qué?--repuso papá.--Conozco á ese joven, á quien he visto varias veces en el Club. Una noche jugué con él al Wist. Por cierto, que no juega mal. Ayer vió á Irene á caballo y la encontró admirable. Y no tengo que intervenir en esos preliminares. Contigo y con Irene basta y sobra.

--Sin embargo, conviene que nos acompañes.

--Bueno, iré con vosotras.

No oí nada más. Esperaba el nombre del candidato y no lo pronunciaron mis padres.

Como me palpitaba con violencia el corazón, me vi precisada á permanecer en mi sitio dos ó tres minutos. Ya que nada querian decir, debia hacerme la desentendida.

No obstante, sabia algo, y algo muy importante. Pertenecía al jockey, que era lo principal.

Partimos los tres en el *landeau*; papá triste, abatido y silencioso; mamá muy excitada, y yo impasible, al parecer; pero dominada por la más extraordinaria curiosidad. ¿Por qué aquel misterio?

A las diez y media llegamos á casa de los Mercerey. ¡Pobre papá! Se celebraba allí una velada musical, cosa muy contraria á sus gustos y aficiones. ¡Un cuarteto clásico! ¡Figúrense ustedes!...

La concurrencia era escasa; unas veinte personas á lo sumo.

Es dificil organizar á principios de Noviembre algo que valga la pena. Hay tan poca gente en París!

Al llegar, tocaban el andante de una sonata y esto nós permitió entrar, como quien dice, á la sordina. Me senté en un rincón de la sala y desde allí examiné rápidamente el campo de batalla.

Por todas partes no se veia más que gente vieja. ¡Nada para mi! Pero en el ángulo opuesto se hallaban cuatro jóvenes, inéditos los cuatro. ¡Allí estaba el enemigo! Si, ¿pero cuál de ellos era? Será sin duda--dije para mis adentros--el que me mire con mayor insistencia. Bajé modestamente los ojos y tomé la actitud de una pobre niña que se entrega por completo á los severos regocijos que produce una sonata de Haydin.

Levanté de pronto la cabeza y dirigí la mirada al sitio donde estaban los cuatro jóvenes. Pero me vi obligada á bajarla, porque noté que los cuatro me miraban con evidente y abrumadora curiosidad.

Creí, sin embargo, que era digna de semejante atención. Yo estaba muy hermosa y muy elegante.

Ha terminado el cuarteto. No puedo más. La curiosidad me devoraba de tal modo, que llamé aparte á mamá y le dije:

--Por Dios, mamá, hazme el favor de enseñármelo.

--¿Pero has adivinado, acaso?...

--Sí, sí. Dime quien és.

--Pues es ese jóven moreno que está á la izquierda, debajo del cuadro de Meissonier. No mires, porque te está mirando.

--No es el único. Los demás hacen lo mismo.

--Ya no mira. Ahora se acerca tu padre... ¡Ya está hablando con él!

--No me parece mal. La boca grande.

--No estoy conforme contigo.

--Si, mamá. Pero el conjunto no me desagrada.

--¡Y si tú supieras! Es muy rico y pertenece á una gran familia aristocrática.

--¿Y quién és en definitiva?

--El conde de Martelle-Simieuse. No mires, porque vuelve á dirigirnos la vista. Si, hija mía, es un Martelle--Simieuse, y los Martelle-Simieuse son primos de los Landry Simieuse y de los Martelle Jonzac.

Los músicos empezaron á tocar una pieza de Mozart y pusieron un dique al torrente de elocuencia de mamá. Volvimos á sentarnos y me puse á meditar muy seriamente.

--¡Condesa de Martelle-Simieuse!--pensé. ¡Mi sueño dorado! ¡Dos nombres! Preferiria ser duquesa, como es natural. Pero, ¡hay tan pocos duques, duques de verdad, duques indiscutibles! ¡Creo que no son más que veintidós! Por lo tanto, es una quimera el pensar en ser duquesa. Me conformo, pues, con ser condesa!

¡Condesa de Martelle-Simieuse!

Los apellidos son muy sonoros y brillantes. Yo me los repetia á mí misma, sin hacer caso alguno del cuarteto de Mozart.

¿Era música de Mozart la que tocaban aquellos profesores? No lo sé á punto fijo. Lo único que puedo asegurar es que aquellos instrumentos me tocaban una deliciosa canción con el siguiente estribillo: *¡La señora condesa de Martelle Simieuse!...*

L. HALEVY.

AMOR Y HUMO

(Conclusión)

la escena pasaba en pleno mes de Enero--abrió los cristales para establecer una corriente de aire que disipara las emanaciones y el humo del tabaco, pero esa corriente produjo un efecto inesperado: de la brasa del cigarrillo se desprendieron algunos átomos en combustión y uno de ellos fué á acariciar

La Gruta del Palacio en el Departamento de Flores — (De Fotografía)

el velo que llevaba sobre su rostro la viajera. Esta se aprovechó de la circunstancia para lanzar una docena de chillidos estridentes.

--Señor mio, exclamó furioso su marido, dirigiéndose al fumador--si Vd: tiene el derecho de fumar no tiene el de abrasar á los demás viajeros.

--Siento este pequeño percanse--repuso el marsellés--pero la culpa es de ustedes que han abierto las ventanillas.

--La culpa es toda de usted, so indecente.

--A ver... repita usted eso...

—¡Si!... ¡un indecente!

El negociante no contestó, pero los cinco dedos de su mano derecha, disparados con una velocidad inicial difícil de calcular, hicieron blanco en la mejilla de su ofensor, el cual trató valerosamente de impugnar ese argumento con otro idéntico, pero su contradictor le aplicó entónces su irrefutable silogismo en forma de puño cerrado, que le dejó momentáneamente sin palabra. Pero no así á la dama, quien echándose á gritar con todos sus pulmones y con voces de ¡asesino! logró llamar la atención de otros viajeros acomodados en un compartimento vecino; los cuales tocaron el timbre de alambre é hicieron parar el tren.

El jefe de éste puso paz á la contienda é hizo colocar á los combatientes en distintos vagones. El viaje prosiguió sin otra novedad y el comerciante de Marsella trató de olvidar ese desagradable episodio dedicando todos sus pensamientos á la linda viudita que le esperaba en Burdeos.

Llegó el tren á la estación y el viajero vió con sorpresa, con dulcísima sorpresa, que su novia se encontraba en el andén.

—¡Angel mio! ¡cómo has podido adivinar que yo llegaba y que habia adelantado mi viaje de tres dias?

—¡Oh!—replicó ella sonriendo—estoy yo tan asombrada de verte llegar como tú de verme aquí.

—Espero á papá y á mamá que tambien han adelantado su viaje y me telegrafiaron ayer que llegarian en este tren. Supongo que habreis hecho el viaje juntos, pero como no os conoceis aún... ¡Ah! míralos... ahi vienen.

El negociante se volvió, vió á una pareja que abrazaban á su novia y quedó petrificado: sus presuntos futuros suegros eran los dos cascarrabias del vagón de fumadores.

El matrimonio no se llevó á cabo.

JUAN BUSCON.

Establecimiento grafico á vapor. Convención 82